Por María Dietrich

LA HUIDA DE INES

Inés Benoit llegó de niña con el olor indeleble de otro idioma pegado a la piel. Sus padres, franceses, habían huido muy jóvenes de la guerra y habían traído con ellos la medida de la prudencia como una herencia silenciosa: voces bajas en las conversaciones, la costumbre de no preguntar, de no decir más de lo necesario. Crecieron en ella las palabras de clase media y la métrica precisa del francés en las tardes de la casa; y también aquel aprendizaje de esconderse en los gestos cuando la noche era demasiado larga. Hija de médicos, aprendió en su casa que la enfermedad exige tacto y que la muerte no se discute en voz alta. Por eso, cuando una plaza como la de enfermera quedó vacante en el Hospital El Alerce, aceptó sin estridencias ya que obtuvo ese título universitario con honores algunos años atrás. Se puso el traje blanco como quien se abriga ante el invierno: blusa pulcra, cinturón azul que apretaba la cintura, toca ceñida y el cuidado de un peinado de peluquería que marcaba en su frente la disciplina de la imagen. Tenía veintitantos años y una manera de caminar que evitaba hacer ruido.

El Hospital El Alerce era el más antiguo de la ciudad: muros anchos de piedra, pasillos que parecían túneles, ventanas altas con cristales que ampliaban luces y sombras en franjas de sol. Era un edificio lúgubre por naturaleza y por años: su respiración era de otros tiempos, la de un lugar hecho para sostener vidas y desalentarlas también. Las puertas crujían con una memoria húmeda y en el aire, entre el olor a alcohol y a ungüentos, flotaba la sensación de que siempre algo podría ocurrir detrás de una cortina. Los médicos, a veces, vestían la autoridad con el cansancio; los enfermeros portaban la fatiga como una segunda piel que les endurecía los rasgos. Inés como buena enfermera, aprendió pronto a moverse con la paciencia de quien sabe que la vida en ese sitio se gana por la monotonía del cuidado.

Era la época en que el reloj político del país marcaba un tiempo extraño; rumor de calles, manifestaciones que ardían en los periódicos, voces que se quebraban en los cafés. Pero dentro del hospital la política era una sombra que se dejaba a la puerta, y sin embargo nadie podía ignorar el latido tenso que corría por la ciudad.

Inés, que no militaba en nada, sospechaba por la historia de sus padres que la vulnerabilidad era más que una palabra: podía volverse cualquier noche un peligro.

Una mañana de otoño ingresó a consulta un joven que se presentó con pulcritud. Se llamaba Alex, tenía veintiocho años, cabello cercano al cuero cortado a lo militar, cuerpo atlético de quien hace ejercicios con disciplina y una educación en los modos que denotaba familia y costumbre. Contó, con cortesías, que trabajaba en la publicidad como asistente de producción de música, pero pese a que llevaba consigo la ropa de alguien que se acuesta tarde los fines de semana, sus modales delicados y zapatos lustrados parecían contradictorios con su oficio. Venía por un síntoma que describió con la serenidad del que no dramatiza: un dolor ocular, persistente, situado justo detrás del ojo derecho; la sensación de que la vista se empañaba en momentos y que una leve incomodidad recorría la sien. No era un hombre de quejas; su voz se contuvo en rangos mesurados.

Inés lo examinó siguiendo la rutina que le enseñaron sus preceptores: inspección visual, prueba de los reflejos pupilares, anamnesis, una entrevista clínica breve que en este caso serviría para categorizar en forma preliminar la gravedad de la situación. Observó, con la calma precisa de quien ha visto en la sala muchas indiferencias transformarse en urgencias, que la pupila derecha se mostraba algo más grande que la izquierda, como si un pequeño diamante de sombra le hiciera una corona. El médico que estaba de turno, un joven titular que acababa de completar su carrera y se distinguía por la rapidez con que atendía a la gente y por no dejar listas de espera, escuchó y decidió con ese aire práctico que acompaña a los que confían en la estadística: recetó analgésicos moderados y una licencia de un día para reposo. “Puede ser tensión ocular por stress”, dijo con la voz que trata de alejar el miedo.

Alex se fue con la diligencia impecable de quien sigue una indicación. Inés lo vio partir con la sensación de que algo no marchaba bien, no porque ella se dejó arrullar por conjeturas, sino porque en la sala de examen había algo que no encajaba del todo, esa inclinación leve entre el cuidado y la alarma que el oficio enseña a reconocer. Se dijo que la prudencia profesional no exige heroísmos: un día de

descanso era razonable, una observación joven que se resolvería en la noche. Así transcurrieron las siguientes cuarenta y ocho horas.

El segundo día volvía a la consulta con la premura de quien regresa a un lugar por una urgencia que la razón no alcanza a nombrar. Esta vez traía en los rasgos una nube que le desfiguraba la calma: el dolor había subido, ahora golpeaba como un martillo adentro del cráneo. Lo llamó por su nombre y le pidió que describiera con detalle. “Es un dolor como si el cielo se me viniera encima”, dijo, y sus manos buscaron el borde de la camilla para sujetarse. Ahora la sintomatología era más inquietante: rigidez de cuello, la dificultad dolorosa para inclinar la barbilla hacia el pecho; vómitos que habían estallado sin advertencia; sensibilidad a la luz y una afectación visual que, por momentos, se volvía borrosa o doble. Su párpado derecho había empezado a caer; la pupila, más que antes, lucía una dilatación que hacía pensar en un nervio clavado por dentro.

El médico, que circulaba por el turno con la eficiencia de quien atiende filas ininterrumpidas, aplicó la torpeza de la costumbre: diagnóstico provisional de tortícolis por tensión, relajante muscular y un analgésico con indicación de volver si empeoraba. Su palabra buscaba cerrar la escena, poner un cerrojo de normalidad. Sin embargo, mientras el doctor explicaba, Inés lo miró con una convicción que no era sino oficio; el cuerpo le habló con la honestidad de quien ha visto la miseria y la grandeza de la enfermedad. Se acercó y, sin levantar la voz, le dijo: “Doctor, no deje que salga. No es tortícolis. Esto puede ser un aneurisma”.

El médico lo miró con la mezcla de la irritación leve y la confianza de quien ha estudiado la prevalencia de los cuadros: “¿Qué se atreve a decir? Yo soy el responsable del turno”. La frase, que hubiera bastado para enterrar la cuestión, solo sirvió para que Inés sostuviera su decisión: fue por el paciente, con la calma de quien toma una pieza de ajedrez y la coloca en posición de jaque. Llamó a otro colega; pidió disponibilidad de quirófano como quien pide prestada una vela en noche cerrada. Mientras la conversación se desgranaba, Alex no pudo ya sostenerse. Vomitó con violencia y cayó en un silencio de respiraciones cortas.

Perdió la consciencia en un movimiento que fue como el plomo que se desprende de la cuerda.

El doctor, en ese instante, vio su error con los ojos abiertos. La escena se volvió de una claridad terrible: camillas, gasas, la voz de los auxiliares que corrían, la enfermera que le decía al paciente que no se fuera, que no se apagara. Una vez más el hospital mostró su verdad desnuda: la urgencia no tolera la demora de los buenos modales. Fueron los gestos precisos y la prisa la que abrió la brecha del azar. Lo llevaron a quirófano. El rumor de las máquinas, las voces entrecortadas en un lenguaje técnico, la luz de los focos haciendo un blanco que todo lo revela, completaron la coreografía del intento.

Lo que los cirujanos dijeron después fue una frase que tuvo en sí misma el peso de una vida evitada: aneurisma roto, a tiempo. Inés, que había sostenido la certeza del peligro con la contención de quien entiende que la muerte pide permiso antes de entrar, sintió que un hielo se derretía en el pecho. Alex despertó semanas después, con la fragilidad de quien ha sido devuelto con un hilo de voz. Volvió, meses más tarde, a la consulta para agradecer; su mirada, cuando se encontró con la de ella, fue un regalo de reconocimiento que estaba lejos de la gratitud común. Le dijo con una voz que aún vacilaba: “Usted me salvó la vida”. No hubo alharacas; sólo la convicción de un vínculo sellado por la deuda de un instante.

Pasó el tiempo. La vida en el hospital siguió su ritmo de ingresos y urgencias, y la política se fue endureciendo a fuera, con su rumor que ya no era rumor sino golpe lento. Un año después de aquel episodio, el país se estremeció. El gobierno fue derrocado por las fuerzas armadas producto de fuertes problemas sociales, lo que dejó las plazas enmudecidas y los periódicos ardiendo. Las calles se llenaron de ausencias, y la mano que había enseñado a Inés a hablar en francés le pareció ahora un tatuaje que podría marcarla. Había sabido, con la claridad de la sangre, que su pasado era un riesgo: sus padres, miembros de una tendencia política perseguida en la guerra europea, habían dejado tras de sí nombres que la nueva vigilancia podría rastrear.

Los padres de Inés habían muerto años atrás; ella quedó sola en el país. Sabía que la persecución no siempre golpea a quien milita, sino que alcanza a quienes por sangre o por palabra conocen y han amado. Tomó la decisión, con la misma tranquilidad con que hacía las curaciones, de marcharse. Buscó el camino más prudente: vivir junto a su tía en Francia, la hermana de su padre que aguardaba en una ciudad lejana. Los aeropuertos estaban cerrados, las fronteras eran cerraduras; la travesía ordinaria se había vuelto imposible. Fue entonces, en la necesidad, donde la astucia humana inventa rutas: con contactos del hospital que conocían pasadizos y credenciales, obtuvo una identidad cubierta por la Cruz Roja internacional; documentos provisionales que le permitían cruzar como auxiliar sanitario en tránsito.

La noche en que partió fue sin ruido. Llevaba consigo lo imprescindible: el traje blanco metido en una bolsa y un pequeño cuaderno con las notas de la enfermería. Llegó a la frontera con la sensación de que viajaba dentro de un sueño que debía durar lo menos posible. Los muelles y las casetas de control estaban llenos de cuerpos que buscaban un pasaje; la vigilancia era estricta. Cuando su identidad fue sometida a escrutinio, un cabo fuerte la tomó por el brazo con una brusquedad que hablaba más de la costumbre de la represión que de prudencia: “¿Quién es usted? ¿A dónde va?”. Inés mostró los papeles con la voz que no tembló. La documentación, sin embargo, provocó más preguntas que respuestas. El viento azotaba con preguntas la escena.

Mientras la fila de deportados era empujada hacia camiones cuyos destinos se sabía no siempre eran retornables, el cabo empezó a tramitar su detención. Inés vio el oleaje de rostros, miradas que no buscaban su humanidad sino una lista que cubrir. La circunferencia de la espera se cerraba. Fue entonces que un hombre intervino con la autoridad del que no pregunta porque su mando le da permiso para decidir: ordenó al cabo que detuviera la maniobra y que revisara con calma los papeles. Su voz tenía una firmeza seca, sin ternura ni fanfarrias, y la presencia de quien manda se hizo notar en el gesto.

El Capitán leyó los documentos con tranquilidad. No levantó la mirada cuando, por un instante, el tiempo le mostró algo que la memoria no esperaba: el rostro de aquella mujer. No quiso evidenciar el reconocimiento; su rostro continuó con el gesto profesional de siempre, pero sus manos temblaron en la forma mínima de quien guarda un secreto. Cogió la libreta, corroboró los sellos y dijo, como quien devuelve un documento: “Todo está en orden. Puede continuar”.

Inés lo vio entonces con una claridad que le heló la boca. Aquella voz, esa postura de mando, la sequedad en el gesto: era Alex, quien había ocultado su verdadero trabajo en el Hospital, quizás por temas de seguridad. No dijo nada. Sus ojos se encontraron un instante y la mirada del hombre fue una pausa que decía más que palabras: reconocimiento, distancia, el peso de lo que fue y de lo que ahora debe ser. Él no la miró con la familiaridad del agradecimiento; su rostro fue un tablero donde las piezas de su propia historia estaban en un juego que ya no debía mezclarse con el deber. No articuló una frase de compasión. Simplemente firmó la autorización y, con una inclinación, devolvió a la fila su libertad.

Cuando el camión arrancó, Inés miró la ciudad encogiéndose atrás, la grita de los perros, la luz que se desprendía en las esquinas, y tuvo la sensación de que la vida es una sucesión de cortes: una sierra que, de pronto, separa lo que queda y lo que se pierde. Pensó en sus padres, en los exilios que habían aprendido a practicar, en las manos que la salvaron sin que ella lo supiera en su momento, en la fragilidad de las confesiones. La frontera se hizo carretera y la carretera, memoria. Alex permaneció en el borde de la carretera hasta que la figura de su camioneta se borró.

Al final, cuando el paisaje permitió una pausa, Inés sintió que la gratitud no era una moneda que se paga de inmediato sino una sombra que se sabe llevar. Hubo en aquel gesto del Capitán la economía de la verdad: había hombres que, aun cuando iban armados con la ley, guardaban una soldadura de humanidad entre las costillas. Ella comprendió que todos los actos, incluso los de mayor severidad, pueden contener una grieta por donde la compasión entra.

Pensó en aquel encuentro final como en un pasaje que no pedía testigos: un acto seco, sin teatralidad, que contenía en sí la posibilidad de una discreta justicia. Y

mientras el autobús se internaba en la noche, Inés sintió que ese gesto le bastaba para seguir adelante con la certeza de que la vida a veces concede puertas que se cierran y que no se sabe si volverán a abrirse, pero siempre habrá un mañana.

FIN